

UN LIBRO CADA LUNES

La incansable hélice del océano

XESÚS FRAGA

REDACCIÓN / LA VOZ

Hay personas para quienes un deporte deja de ser una afición para convertirse en una pasión que da sentido a su vida. Este es el caso del ex corresponsal de guerra y periodista de la revista *The New Yorker* William Finnegan (Nueva York, 1952), quien se inició en su infancia californiana en la práctica del surf y desde entonces no ha dejado de pensar en las olas ni un solo día. Prueba de la presencia ineludible de la tabla en su cotidianidad es que en *Años salvajes* es imposible sepa-

rar el surf de cualquier otro aspecto de su existencia. Finnegan ha escrito unas memorias cuya capacidad de evocación, atención al detalle y prosa fluida le han merecido el premio Pulitzer y, más importante, la etiqueta — parece que definitiva— de «el mejor libro de surf que se haya escrito nunca».

Y es cierto que consigue captar el misterio que está en el origen del deporte: la formación de las olas, su kilométrico avance marítimo —en su impecable y poética expresión, la incansable hélice del océano— y esa percepción que los surfistas acaban por

interiorizar, la que les permite subirse a la mejor ola en el momento justo. Las interioridades del surf en un período especialmente interesante, la década de los sesenta, están expuestas con fascinación: las diferencias entre los estilos de California y Hawái, donde Finnegan vivió en su niñez; las jerarquías establecidas en el agua, en determinados lugares, frente a otros más relajados; la irrupción de las tablas más cortas, dejando fuera de juego a quienes acababan de invertir todos sus ahorros juveniles en las largas (que destrozaban para luego denunciar un robo y así cobrar

el dinero del seguro familiar); y la refutación de tópicos como el

que asocia el surf y el verano, cuando Finnegan, como muchos otros, esperan la llegada del invierno y las tormentas que desata.

Junto a esta historia deportiva está también la individual y la colectiva. *Años salvajes* repasa períodos históricos interesantes, como la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, o el apartheid de Sudáfrica, uno de los muchos países donde Finnegan recalca, además de Australia,



«Años salvajes»

William Finnegan.

Traducción de Eduardo Jordá.

Libros del Asteroide.

600 páginas. 26,95 euros.

Indonesia o la isla portuguesa de Madeira. También están sus precisas observaciones sobre la convivencia racial en Hawái o la violencia cotidiana, escolar y familiar, que dominaba la época. Pero sobre todo cabalga esa historia individual, la de alguien que busca su sitio, probando aquí y allá —destaca el retrato vivo de sus años como guardafrenos ferroviario—, hasta acomodarse, un vagabundear con un anclaje constante, el del surf.